

Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994

MARCO PALACIOS, GRUPO EDITORIAL NORMA, BOGOTÁ, 1995

Nuevamente, Marco Palacios nos presenta un panorama de la historia nacional. A finales de los años setenta había dado a luz *El café en Colombia*, una historia económica, social y política que cubría 120 años de desarrollo. Este libro, que elevó su nombre a los primeros puestos de la historiografía colombiana, iniciaba su relato con los profundos cambios de 1850 y lo extendía hasta la bien entrada segunda mitad del siglo XX, hasta 1970, fecha en la cual la organización del primer producto de la economía del país parecía llegar a su punto culminante. Era un texto monográfico, empírico, con datos extraídos de observaciones directas y con un uso amplio de fuentes primarias.

Ahora Palacios toma su mirada sobre un período semejante, pero con un énfasis diferente. Mientras que el fundamento de su primer libro era la esfera económica, la hondura de *Entre la legitimidad y la violencia* es el mundo de la política. Como en el caso anterior toma un tiempo de 120 años, pero el punto de partida no son ya las mudanzas de

medio siglo sino las elecciones de 1875, la querella electoral Parra-Núñez, que a su juicio anuncia la decadencia de la era radical y el inicio de los procesos que culminan con la Regeneración.

A diferencia del libro sobre el café, producto de una investigación de archivo, el nuevo texto de Marco Palacios es un estudio de difusión y síntesis. Y como tal es una presentación de primer orden. Su objetivo es ofrecer los elementos de la construcción de la Colombia moderna; de la Colombia que se inserta en el orbe internacional al lado de notables cambios en su organización económica, social y política. Es la historia de un país que a lo largo de 120 años asiste a radicales transformaciones en su escenario geográfico, en los perfiles de su población y en los acentos de su cultura y de sus medios materiales de existencia. En este lapso Colombia pasó del mundo rural al mundo urbano. Su población partió de dos y medio millones de habitantes para llegar a treinta y seis millones de almas en nuestros días. Conoció, ade-

más, la fábrica, la expansión de la educación, el desarrollo de las comunicaciones terrestres y aéreas y la integración de regiones distantes y apenas conocidas. Junto a ello asistió al incremento de las acciones del Estado, al surgimiento de nuevas clases sociales y a una creciente ampliación de la participación política en los marcos formales de la democracia. En pocas palabras, el país se hizo a la "gran transformación"; entró de lleno en la civilización occidental y comenzó a experimentar la dinámica de las sociedades industriales. Esto es lo que algunos analistas de la historia nacional han llamado el progreso.

Palacios no se deja llevar, sin embargo, por una visión lineal e ingenua. Como lo sugiere el título de su libro, el desenvolvimiento del país ha estado asistido por una tensión permanente entre *legitimidad* y *violencia*, entre el consentimiento y la creencia en la legalidad de las normas que rigen la convivencia social y el uso recurrente de la fuerza para la solución de los conflictos. El Estado se ha mostrado incapaz

de ejercer el *imperium*, de retener en sus manos el derecho exclusivo de gobernar en nombre de la comunidad nacional. A lo largo de estos años el monopolio del poder y de la fuerza le han sido cuestionados por sectores importantes de la población. Durante el siglo XIX la guerras civiles y los alzamientos exitosos fueron frecuentes, y durante el XX los movimientos guerrilleros y los grupos armados –los paramilitares, los narcotraficantes y la delincuencia común– le han usurpado sus funciones y el dominio de regiones enteras del territorio formalmente a su cargo. En medio de estos choques, que unas veces toman la forma del terrorismo y otras de las masacres, las torturas, las desapariciones y las ejecuciones sin juicio, difícilmente podría hablarse de progreso y de mejora de las condiciones de vida de los colombianos.

Este crónico déficit de legitimidad del Estado, le sirve a Palacios para organizar su relato. En medio de la presencia de la ley y de las vías de hecho, estudia la caída de los radicales y la afirmación de Núñez y Caro; el quinquenio de Reyes y el experimento republicano; la hegemonía conservadora, la República Liberal y el posterior ascenso del partido conservador. A ello añade el interregno militar de Rojas Pinilla, el Frente Nacional y los apuros de los años ochenta y noventa. En medio de estos conflictos registra la evolución económica del país, la estratificación social, la evolución de los modos de vida y los desplazamientos de la población por la geografía nacional. Todo esto le confiere a su libro un

espíritu comprensivo, pero el lector descubre rápidamente que es en el campo de la política donde el autor se siente a sus anchas. Allí Palacios despliega sus mejores dotes narrativas. Y si bien es cierto que con frecuencia se extiende en las tribulaciones de su viejo amor, el café, los actores de carne y hueso están presentes y listos a salir al escenario. Tiene especial disposición para la pintura de la clase dirigente y para mostrar su capacidad de negociación y alianza con los sectores que luchan por acceder al poder.

Palacios expone con fuerza y a veces con verdadero ímpetu. Con frecuencia recurre a la ironía para revelar las múltiples caras de la acción social. Laureano Gómez promovió en 1952 una reforma constitucional de estirpe liberal que dio lugar al Frente Nacional. Su hijo Alvaro Gómez fue un crítico implacable de la reforma agraria de 1961, pero treinta años después señaló que el fracaso de aquélla era una de las causas de los males del país. A este afán de persuadir Palacios une una especial inclinación por el lenguaje coloquial. A lo largo del libro hay "chanchullos", militares que "mojan prensa", hombres de negocio que al amparo del Estado se han estado "sirviendo con la cuchara grande", narcotraficantes que "siguen tan campantes", políticos que apoyan las guerrillas "por debajo de cuerda" y gobiernos que le "ajustan las tuercas" al pueblo. Es verdad que estos instrumentos narrativos contribuyen a desacralizar los textos académicos y facilitan el diálogo con el lector corriente, pero también

su uso indiscriminado pone en aprietos la objetividad del analista social y lo acerca peligrosamente al terreno minado de los juicios de valor. Es por ello quizás que el autor no encuentra improcedente calificar de "esperpentos socialista" a los asesores económicos de Rojas Pinilla.

A diferencia de la mayoría de los historiadores, Palacios no siente ningún temor de arribar a nuestros días. Su narración llega hasta ayer mismo, hasta agosto de 1994. Habla sin temor de la época sobre la cual está escribiendo, y estamos seguros de que si la editorial Norma se hubiera demorado un semestre más en la publicación de *Entre la legitimidad y la violencia*, los lectores estarían en alto riesgo de vérselas con un examen de las contrariedades de la administración de Ernesto Samper Pizano. Cuando se instauró el Frente Nacional, Marco Palacios tenía catorce años, y cuando finalizaba, se acercaba a los treinta, lo que en otras palabras quiere decir que durante este período comenzó a ser un miembro activo de la sociedad objeto de estudio. Algunos lectores podrían señalar que ahora el historiador cede terreno al sociólogo, esto es, que hay menos historia y más análisis de coyuntura. Ello puede ser cierto, pero el libro no decae a partir de estos años. En los últimos capítulos Palacios muestra habilidad para asimilar e integrar información de diversas fuentes, y su balance, siempre persuasivo, apunta a los procesos de mayor significación. Su presentación de los problemas urbanos o de aquella epopeya negativa de

los colombianos conocida como la *Violencia*, es especialmente aguda además de suggestiva y novedosa. Esta contemporaneidad le abre a su libro un auditorio más amplio que el tradicional mundo universitario. El público interesado y de alguna formación, encontrará en sus páginas fecundas orientaciones para la comprensión de la sociedad colombiana de fin de siglo, que difícilmente podría hallar en las monografías especializadas no siempre fáciles de digerir.

El libro trae, finalmente, un ensayo bibliográfico de gran

utilidad para los investigadores, los estudiantes de ciencias sociales y los lectores que quieran profundizar en los múltiples aspectos examinados por Palacios. La novedad de este registro no proviene solamente de su diversidad, sino del cotejo de la multiplicidad de estudios y publicaciones extranjeras sobre Colombia. Palacios se sirve de todo ello con familiaridad y destreza, y capítulo a capítulo nos recuerda que en otras tradiciones académicas –en la norteamericana especialmente– existe un notable conocimiento del país. Una de las

lecciones del presente libro, es que los colombianos debemos comenzar a arreglar cuentas con este saber. En caso de no hacerlo, estaremos en peligro de ignorar los retratos que otros han hecho de nuestra sociedad, o lo que sería más penoso, de permanecer aislados de las contribuciones teóricas y metodológicas elaboradas en otros medios a partir de nuestra propia experiencia.

GONZALO CATAÑO,
Sociólogo, profesor de la
Universidad Pedagógica Nacional